

Reseñas/presentación de la obra de Ariel Liberman
"CONVERSANDO DE PSICOANÁLISIS CON STEPHEN A.
MITCHELL: Una introducción a su pensamiento"
(Madrid: Ágora Relacional, 2022) ¹



Realizada por Augusto Abello Blanco y Manuel Aburto Baselga
el 19 de Mayo de 2023²

¹ Abello, A. y Aburto, M. (2023). Reseña/Presentación de la obra de Ariel Liberman: "Conversando de Psicoanálisis con Stephen A. Mitchell. Una introducción a su pensamiento. *Clínica e Investigación Relacional*, 17 (2): 689-700. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2023.170226

² Presentación pública efectuada en la sede de Ágora Relacional y del Instituto de Psicoterapia Relacional, Madrid, Alberto Aguilera, 10, Escalera izquierda, 1er piso.

Intervención de Augusto Abello Blanco

Quiero agradecer a Ariel la invitación a formar parte de esta mesa y -sobre todo- agradecerle muy sinceramente que haya escrito este libro.

Y agradecer también a Ágora y al IPR el hecho de que podamos estar hoy aquí, sabiendo que es mucho el trabajo de mucha gente, a lo largo de muchos años, para que esto sea posible.

Lo primero que destaca -o destaco- del libro... es el título.... y del título la palabra "Conversando"... sé que Ariel (y lo sé porque me lo dijo) no quiso darle el tono que para mí tiene y que remite a que yo veo a Ariel pudiendo conversar con Mitchell de psicoanálisis...

Y eso, desde mi punto de vista, implica muchas cosas valiosas.

Por cierto: la palabra "conversar" etimológicamente significa "vivir, dar vueltas... en compañía", definición bien emparentada con cuestiones aquí compartidas.

Intuyo que el subtítulo del libro impide ver que más que una introducción a la obra de Mitchell -como Ariel propone- estamos ante una revisión comentada y muy rigurosa -a la vez que resumida- de las ideas nucleares de dicho autor.

Además de sus ideas centrales, el libro incluye casos clínicos del propio Mitchell comentados por nuestro autor y que considero un valioso aporte para nuestro trabajo.

El libro termina con una serie de anexos de otros tantos temas apasionantes.... solo mencionar un antiguo trabajo de Ariel -del 2001- en el que recorre exhaustivamente el concepto de neutralidad en la obra de Freud, artículo en el que aparecen referencias a un gran número de autores, muchos contemporáneos del propio Freud.... (verán que este tema -el de la neutralidad- reaparecerá en esta presentación).

Tuve el placer (y el honor) de leer este libro antes de que viese la luz y comentar con su autor muchas cosas... algo que dejó un enorme saldo a mi favor.

Este libro -como nos cuenta el propio autor- se basa en su tesis doctoral, presentada hace ya ocho años (con una gran y muy rica ampliación del texto original) ...

En la defensa de su tesis....Hugo Bleichmar definió a Ariel como un gran intelectual... creo que hoy, no hay ninguna duda de que aquella definición no ha dejado de crecer.

No voy a hablar mucho más del libro porque el libro habla por sí solo y porque está al alcance de todos (no me imagino un solo colega interesado en el Psi Relacional que no muestre un gran interés por esta obra).

Creo que Ariel admira en Mitchell algunas de las cualidades que él mismo también posee: el intenso placer de pensar, seguir el origen y la historia de las ideas, estudiar a la mayor cantidad de autores que el tiempo permite, abrir nuevos caminos y porque creo que comparte el apelativo que Mitchell se ganó a pulso: el de ser un constructor de puentes, quien escucha a Ariel hablar de psicoanálisis -o de las múltiples y variadas áreas de conocimiento que lo apasionan- sabe que también él construye puentes, puentes sólidos y dignos de ser recorridos.

Parfraseando el aforismo que dice que cuando Juan habla de Pedro habla más de Juan que de Pedro yo digo que cuando Ariel habla de Mitchell también habla -y mucho!- de sí mismo. Porque quizás a todos nos ocurre lo que Borges expresó en *El Hacedor* .

“Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.”

Creo que Borges defiende en esta cita la idea de la inevitable interacción y participación entre uno y el mundo, idea tan valiosa para Mitchell, para Ariel y para muchos de nosotros, especialmente a la hora de pensar el proceso analítico.

Todos podemos seguir la producción de Ariel en sus escritos anteriores, allí despliega de manera profunda, rigurosa y clara sus diversas líneas de pensamiento.

Hoy prefiero compartir con vosotros algunos recuerdos que comparto con Ariel.

Son escenas que dejan ver una parte del recorrido de nuestro autor en el *Psi Relacional*, cómo lo ha difundido sistemáticamente a lo largo de los años por poner solo ejemplo, y que dan cuenta -de manera parcial- de cómo se ha ido gestando y desplegando una parte de lo que late en el libro que hoy presentamos, son viñetas cortas pero que considero significativas (de manera más rigurosa tenemos en el libro la versión del propio autor que relata el largo camino recorrido hasta llegar a esta obra).

En la primera escena, en marzo de 2001 (en ese momento Ariel estaba recién llegado de Buenos Aires o le faltaba muy poco para trasladarse a Madrid) nos encontramos de casualidad en nuestra añorada librería Paradox (citada en su libro por cierto) e inmediatamente después de los saludos de rigor y aprovechando que lo teníamos a tiro, él cogió el libro de Mitchell *Conceptos relacionales en psicoanálisis*: y me dijo, en un perfecto

argentino: comprate este libro!!!... con esa vehemencia que lo caracteriza cuando está apasionado con algo (que es casi todo el tiempo).

Y me lo compré, claro! .

Puedo -por lo tanto- situar con precisión ese momento como el inicio de mi relación (al menos oficialmente) con el Psicoanálisis Relacional.

Y todavía le agradezco a Ariel su participación en lo que me ocurrió esa mañana, que es lo mismo que le ocurrió a un personaje de Borges (en este caso, un Borges muy relacional) en su poema "El tercer hombre", cuando dice:

"He ejecutado un acto irreparable, he establecido un vínculo".

La segunda escena tiene lugar en el 2004, compartíamos aventuras en otra institución - Acippia- y empezamos -a propuesta de Ariel- un grupo de estudio de la obra de DWW, (como sabéis, un precursor privilegiado del Ps Relacional) yo estaba en pañales en la obra de nuestro tan querido colega inglés y él me dijo: vamos a coordinar el seminario juntos, le dije que mi ignorancia al respecto era enciclopédica y me contestó: no te preocupés, vos vas estudiando los textos de DW, debatimos lo que lees y al mismo tiempo damos las clases! (él seguía hablando un argentino exquisito).

Y así lo hicimos! (ser alumno y docente al mismo tiempo fue un gran aporte a mi tendencia a la disociación e incluso a la esquizofrenia).

Por raro que parezca, ese seminario salió muy bien.

Fin de esta escena

Años después, él propuso otro seminario (afortunadamente nunca dejó de tenerlos) -un seminario que también empezó en Modesto Lafuente y terminó en su actual consulta de Ppe de Vergara,-, en este caso sobre textos de autores relacionales (en aquel momento esos textos y ese enfoque eran algo realmente inédito para muchos de nosotros).

Un grupo, que muchos años después de su fundación, terminó de manera traumática: se lo llevó por delante la pandemia y sobre todo- la repentina muerte de nuestro querido y añorado Pepe Llanos.

En ese seminario leímos textos de muchos autores sobre variadas temáticas centrales del Ps Relacional, que nos permitieron reafirmarnos en una forma de pensar que consistía por ejemplo: en defender que era razonable no tener razón o que era necesario pensar sistemáticamente que podíamos no tener razón porque eso no era lo importante, lo importante era pensar, dudar, volver atrás, sostener la incertidumbre, no escondernos de nuestros pacientes ni de nosotros mismos, estar presentes, tomarse el arduo trabajo de

pensar y pensarse -con la mayor honestidad posible- todo el tiempo.... y que esta posición es lícita y necesaria porque huir de las certezas y de las recetas es importante, quizás imprescindible, y siempre muy saludable.

Jan Morris (historiadora, escritora y periodista) en su libro *Enigma*, su apasionante autobiografía que incluye el relato de su transición de hombre a mujer en los lejanos años 60 y 70, nos ofrece esta reflexión que va en la línea de lo anterior:

“Y tal vez alguien se pregunte si he descubierto la finalidad real de mi peregrinaje, la solución definitiva a mi Enigma. Algunas veces, mientras contemplo el río desde la orilla, creo que sí, pero entonces la luz cambia, sopla una ráfaga de aire o una nube enturbia el sol, y el significado de todo lo vivido se me vuelve a escapar de las manos”

Recuerdo también -en la tercera y última escena que quiero compartir- que un sábado por la mañana (tengo presente nítidamente dónde estaba yo, una imagen que me acompaña como nos acompañan los eventos traumáticos) mientras preparábamos el libro *Winnicott hoy* -el libro salió en 2008- en una conversación telefónica (pasábamos horas al teléfono revisando los textos) y en relación con uno de esos textos en el que aparecía una fuerte crítica del concepto de neutralidad analítica, Ariel me comentó que su posición coincidía plenamente con la de ese autor.... yo traté de sostener mi punto de vista -que en aquel momento consistía en defender el concepto de neutralidad y su utilidad clínica... debatimos y él se mantuvo muy firme en su posición.

Después de un buen rato intenté un cierto acuerdo, una especie de tablas, como en el ajedrez- diciéndole que vale, que no existía la pureza de la neutralidad analítica tal y como la defendían los clásicos pero que sería bueno que podamos intentarlo y que nuestra práctica debía de mantener una tendencia hacia ella... para mi sorpresa... me contestó rotundamente que no!... que eso él tampoco lo compartía!

Las tablas se hicieron imposibles!

Esa conversación, que me dejó tocado, fue solo el inicio de una reconfiguración fuerte de mi posición dentro del psicoanálisis

Y el estupor de aquel sábado por la mañana se fue diluyendo y se fue transformando en algo a celebrar porque -afortunadamente-, hace muchos años que Ariel es una referencia en el recorrido que va del psicoanálisis clásico al psicoanálisis relacional.

Y por lo mucho que me ha tocado de ese recorrido le expreso también mi agradecimiento.

Una de las virtudes que tiene Ariel es un conocimiento exhaustivo no solo de los autores relacionales contemporáneos, y no solo de sus precursores sino también de la obra del padre del psicoanálisis: Sigmund Freud.

Algunos datos cuantitativos que sostienen lo anterior: de los 74 autores que aparecen en la bibliografía de este libro, Freud es -después de Mitchell, claro- el autor más citado: aparece en 184 páginas... teniendo en cuenta que el libro tiene 508 significa que de cada 2,7 páginas, Freud aparece en una (y en esa página aparece al menos una vez)... mientras que Winnicott (por tomar a otro referente muy querido por Ariel) y muy presente también, aparece citado "solo" 46 veces (esto se parece un poco a las puntuaciones de Eurovisión).

Para terminar, (a todo esto, espero -Ariel- que me perdones por este ramillete de auto-revelaciones que son al mismo tiempo hetero-revelaciones en tanto te implican también a ti).

Decía quePara terminar quiero compartir una anécdota que él me contó hace muchos años: cuando estaba haciendo su formación en la Sociedad Argentina de Psicoanálisis, (la tercera institución que en Argentina tiene el reconocimiento de la Internacional Psicoanalítica) la tutora de Ariel, una colega mayor que él, viendo que Ariel leía, leía, leía y leía y que escribía más bien poco, le dijo: "Ariel, parece evidente que tus padres te enseñaron a leer... pero yo me pregunto: ¿no te enseñaron a escribir?".

Hoy, más que nunca, es evidente que Susana y Arnoldo -a los que también les agradezco la parte que les toca en todo esto- sí le enseñaron a escribir y que él, aprendió el arte de la combinación infinita y mágica de las palabras, esa alquimia que llamamos escritura, de una manera que hoy celebro y celebramos!.

Muchas gracias, Ariel.



Intervención de Manuel Aburto Baselga: CONVERSANDO CON ARIEL A PROPÓSITO DE MITCHELL

La propuesta de un menú a base de Mitchell cocinado por Ariel ya era apetecible. Y el resultado, como reza el tópico, no defrauda. Habré de explicar por qué, en lo que a mí me toca. Somos tres a presentar el libro y más allá del veredicto favorable en el que es fácil coincidir, escuchemos la lectura que ha hecho cada cual, y lo que de tal lectura cada uno ha elegido para resaltar aquí. Lo múltiple en diálogo, lo enriquecedor de lo diferente.

Hace ya algún tiempo que Mitchell nos cautivó, sin hacernos presos. Si apuro la metáfora, y la personalizo, diría que me liberó. Sus ideas validaron e inspiraron mi proceso de constituirme en mi propio instrumento, ese tópico manido, pero esencial y laborioso, como insistirá Mitchell.

Volviendo al “nos”, me remito al grupo Grita de antaño, empeñado en abordar la clínica de lo difícil desde la perspectiva vincular. Terreno fértil para recibir el pensamiento de un Mitchell, entre otros. ¿Qué aportaba Mitchell?

Mitchell tiene la virtud de acercarnos con claridad a lo complejo. Y ello a través de una reflexión sistemática, integradora, pero no ecléctica; argumentada, informada, muy pegada a la clínica; crítica, pero no descalificadora; pedagógica, con frecuencia, pero no adoctrinadora. Traza la vía a un lugar psicoanalítico coherente con un modelo nuevo de la mente, la mente que se construye en la relación con el otro.

Dejo a Ariel el trabajo, bien cumplido, de historizar y contextualizar el pensamiento de Mitchell, cuyos ancestros psicoanalíticos fundamentales hemos compartido. Accedimos, en definitiva, al amplio foro relacional, trabajamos conocimiento y conversación (también en sentido literal) con muchos pensadores y clínicos de primera línea, cuyas ideas y textos se apilan ahora en nuestras cabezas y desbordan nuestras estanterías. Pero Mitchell... ¿hay que lamentar de nuevo su prematura muerte? Si, de nuevo, tras leer el libro de Ariel.

Hacer el libro que Ariel ha hecho no es nada fácil, pues exige conocimiento amplio y profundo, capacidad de síntesis y articulación de ideas y criterio bien elaborado para seleccionar los textos que mejor ilustran todo ello. Además, claro, el autor y sus ideas en su contexto: la conversación con Mitchell ha incluido, necesariamente, a varios otros contertulios; algunos esperados (por imprescindibles), como Freud, Fairbairn o Winnicott. y otros más específicos, como Aron, Hoffman, Odgen y, muy especialmente, Levenson.

Aprecio y agradezco la complicada selección de textos, de Mitchell, claro, pero también de otros. Aprecio la “arielización” del texto: esa personalización no solo en cuanto a la manifestación expresa de acuerdo o desacuerdo con la opinión o posición de un otro, sino a esa parte más subjetiva que se manifiesta en la diversidad de citas, algunas de amigos y de músicos. Sí, no es el Ariel desencadenado que te pilla un día al raso y te empapa con su polifónico discurso: lluvia de palabras e ideas que, tras mojarte, germinan. A mí me ha pasado. Este es un Ariel encauzado, contenido, al que se le pueden ver las costuras académicas...con la ventaja de poder volver atrás y retomar el hilo.

Aprecio que me organice a Mitchell en mi cabeza, que enriquezca el Mitchell que me ha inspirado, que me incite a releer y, sobre todo, que me muestre todo lo que de él me queda por leer. Además de Levenson, claro, al que tengo en cola; gracias por aumentar mi deuda de lectura, inasequible ya para mi menguante producto interior bruto.

¿Qué he leído? ¿Qué me ha captado más? ¿Que he elegido para destacar aquí?

Ariel, a través de Mitchell, nos explica el camino desde la neutralidad a la interacción, desde la abstinencia a la intersubjetividad en la relación terapéutica. Pero quizá, lo más interesante y a la vez difícil, exigente, es llevar la teoría a la práctica, a la escena analítica real, a la actitud del terapeuta, a la acción terapéutica. Permítanme el desorden expositivo, amparado en el orden del que Ariel ya se ha ocupado.

Cuando un autor esclarece o modifica tu práctica, lo adoptas. Nada agradezco más que cuando el autor me habla de lo que yo medito y siento en sesión, y a partir de ahí, “desde dentro”, me propone otra perspectiva, un cambio en mi manera de organizar mi experiencia. ¡Qué bueno es cuando alguien nos explica lo que estamos pensando! No es muy distinto a la propuesta de Mitchell en la clínica.

Es clave la idea, insistida por Ariel, de “bailar el baile que nos proponen” para, luego, una vez que hemos cogido el paso, plantear si es posible cambiar de ritmo. Pero, por atractiva que sea la metáfora (a todos nos gusta bailar, sobre todo a los que nos negamos a hacerlo), la realidad en la escena, en la interacción, es vivencialmente más difícil. Bailar al son que nos proponen no es una estrategia, es una condición que Emmanuel Ghent elaboró en su concepto de “surrender”; e implica ser afectado, a veces, incluso enfermar, como diría Bollas; y no saber más dónde estamos. Lo que es peor, dudar de la integridad de nuestras intenciones. Si Bollas es radical en su apertura a ser usado por el paciente, el planteamiento de Mitchell lo es más, pues se incluye plenamente en la matriz relacional que se origina, sin “plataforma externa”.

Pienso a veces, desde mi perspectiva vital, claro, lo radical del cambio relacional respecto al modelo clásico, el que Ariel o Mitchell, ya no sé, tampoco importa, asignan a la Psicología del Yo. La escena co-construida, afirma la nueva teoría. Pero ¿y la práctica? Leí despacio a Hoffman cuando hablaba de si estábamos dispuestos a aceptar las implicaciones de un cambio como el que suponía la concepción constructivista de la escena analítica. Insiste Ariel en la insistencia de Mitchell en este sentido: que la práctica del psicoanálisis es un trabajo de enorme implicación personal, lo que es con frecuencia enunciado con convicción, pero no siempre llevado a la práctica con todas sus consecuencias.

Hacer un uso real de la contratransferencia no es nada fácil. Es un nuevo campo de incertidumbre. ¡Con lo claro que estaba el límite de nuestra implicación! Deje usted la neurosis en casa cuando vaya a pasar consulta, se nos decía. Y uno imaginaba dejar en casa un 50% de sí, lo más enredado, y entrar a consulta como recién confesado. Si acaso asomaba algún sentimiento inadecuado, la opción era confesarlo al supervisor...o no. Más análisis, más neutralidad, más abstinencia, más disciplina. Conocemos, y Mitchell nos lo recuerda, cuáles eran los bien definidos objetivos y las precisas técnicas de aquel modelo. También nos recuerda que los logros de la buena práctica según el modelo relacional implican, como antaño, rigor, disciplina y esfuerzo.

¿Cuál es la posición experta de la perspectiva relacional a la que se llega desde el esfuerzo, la disciplina y la práctica?

Mitchell insistirá en la continua reflexión sobre la interacción, la interacción como marco de comprensión de aquello que ocurre en el proceso, que se condensa en la intención que organiza su metodología: "la sensibilidad autorreflexiva de tipo psicoanalítico" ¡Que aquilatada definición!

Dirá: "en la técnica relacional contemporánea el rigor se mantiene por medio de la continua reflexión sobre la interacción que se supone inevitable, y por conducirse uno mismo en esas interacciones de un modo que busque maximizar la riqueza del proceso analítico" (M. 2000c, pg. 70). Manejamos de modo más responsable la influencia que inevitablemente ejercemos cuando reflexionamos sobre ella. De igual principio parte Karen Maroda cuando afirma que manejamos de forma más responsable nuestras emociones en terapia cuando autorizamos su emergencia en nuestro interior y podemos pensar en ellas.

Si la relación terapéutica se construye en la interacción de dos sujetos y es, por tanto, única, poco sentido tiene intentar hallar la regla objetiva que rige la participación del analista, como si pudiera existir una determinada actitud con un significado a priori definido por el analista en su intención. No se trata pues de corrección o incorrección, nos dice Mitchell, sino de sostener que el concepto de interacción y una visión relacional del proceso nos lleva

a pensar que el significado se construirá conjuntamente en la situación analítica y que no viene definido en un antes del encuentro.

Y eso produce inseguridad...hasta que se asume que cualquier actitud que adoptemos de entrada cobrará su significado a posteriori, en el seno de una particular relación. Quizás la única actitud a priori es la disposición a escuchar, reflexionar y asumir nuestra presencia interactiva: la "posición por defecto", que decía Wachtel, y que, al cabo, es una versión de nosotros mismos adaptada a nuestro oficio desde los motivos generales que lo definen, pero acuñada por nuestra propia manera de estar con el otro.

Participamos, observamos y pensamos. Y lo hacemos asumiendo la complejidad de la tarea, la implicación en el proceso, el necesario entrenamiento: esa sensibilidad autorreflexiva es una habilidad que requiere rigor y disciplina, ya se ha dicho. Implica, en relación con modelos anteriores, un radical cambio de perspectiva que constituye una nueva forma de estar con el paciente y de guiar el proceso: presupone una visión de la mente relacional e interactiva, que contemple la multiplicidad de sí mismos del analista y paciente, que haya incorporado una visión perspectivista o constructivista de la realidad. Compleja escucha polifónica que un analista desarrolla a lo largo de su formación y que ejercita trabajando.

¿No les parece de lo más complejo? ¡Ante tamaña tarea la posición clásica parece tan confortable! ¡La plataforma perdida, ese lugar exterior al diván y su palpitante contenido! Creo que Bollas, destacado adalid del cultivo de la sensibilidad contratransferencial, como otros clínicos igualmente inspirados por la constitución relacional del sujeto humano, se "quedaron", sin embargo, en la seguridad epistemológica de una plataforma externa desde la cual intervenir.

¿Cuáles son, entonces, las metas de "este" psicoanálisis que defiende Mitchell?: en síntesis, se trataría de promover, desarrollar, una forma auto-reflexiva de experiencia y la capacidad de mantener la tensión entre agencia y motivación inconsciente.

¿Dónde queda, entonces, la herramienta más valorada del modelo clásico, la interpretación?

La interpretación es, dice Mitchell y destaca Ariel, un "acontecimiento relacional complejo" porque "dice algo muy importante sobre cómo el analista se ubica en relación al analizado, sobre qué tipo de relación es posible entre ellos". Es como si el componente informativo de la misma incluyera, inevitablemente, un desplazamiento relacional que nos afecta a ambos. Proponer una nueva manera de entender la experiencia del paciente le "desvela" el modo nuevo en que le "miramos", lo que a su vez nos desplaza en su perspectiva.

En este camino de lo “clásico a lo moderno”, si me permiten la simplificación, es fácil caer en la caricatura; la contracaricatura del analista neutro, abstinento, impasible, es la del analista abrazador y amoroso, atento siempre a saber cómo te llevas con él y desvelando, incesante, su experiencia del paciente.

¡No todo vale! Cuantas veces lo habremos oído para conjurar la idea de que se puede “tirar el libro”, que diría Hoffman, que ya no hay reglas, que ya “se puede ser uno mismo”; Mitchell advierte, severo, sobre la necesidad de delimitar el territorio entre el “objetivismo anacrónico y el relativismo irresponsable”. Como apunta Ariel, el paso de una tonalidad más reservada a otra más expresiva no implica que lo opuesto a la pantalla en blanco sea la pantalla en rojo, o sea, la constante expresión de sentimientos constratransferenciales. Me parece clave el criterio de considerar si la autorrevelación abre vías de exploración o, por el contrario, las cierra, limitando las posibilidades de construir nuevos significados o abrir los viejos.

¿Es todo “relativo”? ¿Cualquier relato personal “es” la historia de esa persona? Nuestra cultivada habilidad es historizar el modo en el que los sistemas de significados se construyen y se modifican. Pero dichos sistemas no funcionan si entran en contradicción con hechos conocidos, socialmente instituidos. Hay un conocimiento consensuado generado históricamente y determinado por las restricciones de la realidad que nos permite establecer criterios implícitos y explícitos sobre lo que es o no verosímil.

Luego está el relato del sujeto y lo que con el hacemos en coherencia con las metas antes referidas. Este es un punto de particular interés, pues me conecta con mi día a día psicoterapéutico, el lugar donde siempre estoy, donde acabo de estar hace un rato. Destaca Ariel la reformulación de Levenson, que entiende la indagación detallada, ya formulada por Sullivan, como un método deconstructivo o manera de desarmar las versiones cliché de los acontecimientos. Considera que esta actuación es la *vis a tergo* analítico, la fuerza impulsora, más allá de la metapsicología imaginaria que se use (p. 261). La indagación detallada (acércame a la escena, digo), la multiplicidad del self como marco para pensar nuestros distintos estados y autorizar el conflicto en detrimento del uso de la disociación (al fondo, Bromberg, Messler Davies y, claro, Mitchell) son tan afines a mi práctica que hablo de ello como si fuesen creación mía. Algo diría Winnicott de esto.

No, no es fácil la tarea del psicoanalista relacional, ya nos lo ha advertido Mitchell a través de la lúcida pluma de Ariel, que así lo sintetiza: el analista es experto en “construir y negociar significados en un contexto de interacción, con un particular tipo de sensibilidad reflexiva y auto-reflexiva de tipo psicoanalítico, que permite la reorganización de la experiencia, así como indagar en cómo se han construido y en cómo cambian los sistemas

de significado que constituyen y afectan la vida del paciente y que incluyen la historia personal y las motivaciones”.

Es evidente que este libro es algo más que una introducción al pensamiento de Mitchell. Es, a propósito de Mitchell, una excelente introducción a lo nuclear de la perspectiva relacional, tanto a nivel teórico como en la práctica clínica “de todos los días”. Ahí están los casos que Ariel elige para ilustrarlo. No se los pierdan si aún no los han leído.